

"El Intercambio", Buenos Aires
30 mayo 1904.

2-108



La Lectura, Madrid, abril 1904
Año IV, tomo 1º. págs. 516-517

2-37

O. Completas
tomo VIII

VIDA NUEVA. Novela de costumbres, por E. Rodríguez Mendoza (A. de Géry).—Santiago de Chile, 1902.

Algo tarde llego á hablar de esta novela chilena, pero téngase en cuenta lo lejos que Chile nos coge, y más aún que en distancia geográfica, en distancia literaria, lo que es triste.

Novela de costumbres chilenas, y en especial santiaguinas, cuya lectura nos deja un dejo de amargura. El argumento le sirve al autor de pretexto para mostrarnos las íntimas lacerías de la juventud dorada de Santiago de Chile.

Pedro quiere... no se sabe bien lo que quiere, si purificarse, descansar, rehacer su fortuna ó llevar á cabo un experimento de psicología literaria; en realidad, Pedro no quiere nada. Los héroes de la mayor parte de las novelas de hoy, no quieren cosa alguna: son seres estáticos más que dinámicos. Y Pedro, rompiendo con una relación femenina y adulterina ¡claro está! se refugia al campo á escribir una obra sobre el mundo en que ha vivido, suponiendo

lo que ha de ser él. Y cuando vuelve á este mundo, á su viejo mundo, á Santiago, se encuentra con que casi todo acabó muy de otra manera que como él pensara; los vividores han obtenido éxito.

El libro es, en el fondo, implacable, pero le quita crudeza cierto desmayo con que está escrito.

Páginas, las tiene muy buenas; entre ellas las empleadas en una vivísima descripción de una carrera de caballos, y no falta en el fondo del libro cierta filosofía esteticista. «Hai que limitarse á pasarlo lo mejor que se pueda i eso basta»—dice un personaje, y á otro que le replica: «figúrate que todos pensarán como tú...», le contesta: «Nos ocuparíamos más de pasarlo bien i menos de molestarnos mutuamente.» Mas adelante dice: «¿Crees que me importa un pito el país? ¡Ah, si pudiera escribir en mi maleta, *pas d'Amerique!* ¡No seas bruto i que no

haya más consigna que pasarlo bien!» Pero no es lo peor que haya en la novela quien, como en la vida, piense así; lo peor es que Pedro, es decir, el autor, que rara vez falta en novela contemporánea, piensa: «Este miserable tiene razón.» Y este mismo Pedro, que en la novela acaba en una casa de Orates, termina por decir: «La vida es siempre la misma i pertenece á los primeros que la pintaron. ¡Nosotros no podemos hacer nada, doctor!»

Es interesante cuanto el novelista nos cuenta

del doctor Narváez, médico alienista que daba «una serie de nombres extraños á los actos y á las cosas que en realidad no deben llevar otros títulos que los que les asigna el Código Penal», y muy interesante, la figura del reformador D. Manuel Moral.

Hay frases de verdadero ingenio ó gracia, como la de que «la música trae recuerdos hasta al que no los tiene», y lo de «después de esta no hai otra, i, como decía el inglés, sospecho que vamos á estar mucho tiempo muertos...»

He encontrado más de una vez en esta novela las palabras *leso* y *lesura*, que me han chocado, y en cambio no he podido averiguar por qué diga el autor que la voz *compinche*, tan usual aquí y en el sentido mismo en que Rodríguez Mendoza la emplea, es de jerga santiaguina, siendo castellana neta.

Pero, señor,—suelo decirme después de leer algunas novelas sudamericanas—¿por qué en estos países nuevos, donde se abre tanta naturaleza virgen ante el hombre, se empeñan en pintarnos todo tan podrido? ¿Es que hay naciones que nacen decadentes? ¿O no será más bien que no prende allí una intelectualidad á la europea, y necesitan ahondar en su espíritu, y sacar á luz una espiritualidad á la americana? Me parece que los intelectuales americanos, necesitan americanizarse.

MIGUEL DE UNAMUNO.



UNIVERSIDAD DE SALAMANCA

GEDOS.USAL.ES